

MEMORIA

Día uno

Apenas desperté, vi unos ojos cafés mirándome con mucha curiosidad. Me levanté y me di cuenta de que estábamos rodeados de mar en un bote muy pequeño de color plateado. Nos quedamos mirando un buen rato sin decir nada, hasta que él rompió el silencio y me dijo:

—Hola.

—Hola —le respondí yo, sin saber qué más hacer.

Y así transcurrió el primer día. No hablamos nada, y el silencio incómodo me sofocó hasta que me quedé dormida.

Día dos

Me desperté con náuseas y mucho dolor en el cuerpo. Mi "compañero" seguía durmiendo; la verdad, no sé ni cómo llamarlo, no nos conocemos en absoluto. Empecé a pensar que quizás debería hacerle algunas preguntas, pero no se me ocurrió nada.

Cuando se despertó, me salió un muy incómodo:

—Buenos días.

Él me miró con cara de nada y no me respondió. Supuse que este iba a ser un tortuoso viaje de incomodidad en general. Le di la espalda y empecé a ver el mar.

—Tus ojos son iguales al mar —me dijo.

Yo quedé confundida. En realidad, no tenía idea de qué color eran mis ojos, qué forma tenían o cómo me veía en general. Solo respondí:

—Ah.

Y me quedé callada.

Después de un rato, le dije que los suyos eran cafés y se rió.

—Eso es muy aburrido —dijo.

Me molesté. ¿Cómo un color de ojos va a ser aburrido? Qué cosa más estúpida. No le dije nada e intenté sacar unos peces para comer con unas ramas que estaban esparcidas por el bote. No había comido nada en todas esas horas.

Él solo me miró hacer todo el trabajo, y eso me molestó aún más porque, primero, me dolía el cuerpo de una manera impresionante, y segundo, este tipo se estaba comportando como un inservible.

No sabía de qué manera cocinar el pescado, lo dejé al sol, esperando que se cociera aunque fuera un poco, pero al final me lo terminé comiendo crudo. Era mejor que nada.

Él ni siquiera comió pescado, pero me miró mientras yo intentaba no vomitar lo que comía.

Día tres

Me preguntó cuál era mi nombre. En verdad no lo sé, así que le dije que no tenía.

—Elige uno para poder llamarte de alguna manera —me dijo.

Le respondí lo primero que se me ocurrió:

—Rama.

—Es un nombre horrible —respondió—. Yo te voy a escoger uno.

Se quedó pensando.

—Puede ser Azul, porque tus ojos son de ese color.

—Bueno —le respondí, porque ya me estaba hartando un poco de la conversación.

—¿Y cómo te llamas tú, entonces? —le pregunté.

—Tampoco tengo nombre —dijo—, pero me gusta el cielo, así que dime así.

Pensé que era divertido imaginar la combinación de nombres improvisados: "Cielo" y "Azul". Era como hacer un poema básico de niños, pero tampoco le dije nada, porque Cielo parecía súper inspirado con la cosa de los nombres.

Pensé que era bueno que se entretuviera con algo, porque su día consistía en no hacer nada mientras yo intentaba conseguir comida y recordar quién se supone que soy.

No tengo idea de qué pasó en mi vida. Solo me acuerdo de haber despertado en el bote, y parece que Cielo también. Pero él tampoco habla mucho, así que llegué a la conclusión de que es un poco atarantado.

Día cuatro

Le pregunté acerca de su vida y se quedó callado. Así que yo le conté que, por alguna razón, no me acordaba de nada de mi vida. Nada acerca de mi familia, de mi pasado.

Cielo solo cerró los ojos y asintió.

Quizás le falta inteligencia o es demasiado relajado, no tengo idea.

En la noche, dijo algo muy raro. Se puso a hablar de que las estrellas brillaban mucho. Yo pensé que otra vez estaba hablando sin sentido, pero le seguí la corriente.

—La luna también brilla —dije.

—La luna es como el sol en mujer —respondió.

Ahí exploté de la risa.

—¿Por qué piensas eso? —le dije, aguantándome la risa burlona.

—Porque "sol" suena a hombre y "luna" termina en "a" y suena a mujer.

Ahí me di cuenta de que Cielo igual era un poco chistoso.

Día cinco

Me desperté y Cielo estaba bailando.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Estoy bailándole al mar para que te lleve con tu familia y te devuelva la memoria.

Me pareció tan ridículo, pero al mismo tiempo me enterneció que quisiera ayudarme. Así que no le dije nada.

Quizás Cielo tiene alguna demencia prematura o algo así. Uno nunca sabe con estas cosas.

Día seis

Me preocupa que Cielo no coma nada. Me pregunto si mi comida se ve tan asquerosa o si es algún tipo de vegano extremista. Le pregunté por qué no comía mi comida y dijo que él nunca sentía hambre. Es rarísimo, pero ya le empecé a agarrar mucho cariño, porque no hay nadie más con quien compartir en este mísero bote.

Día siete

Amanecí sin ganas de nada. No quiero comer, me duele todo de pies a cabeza y ya me está frustrando que todos los días sean iguales y no recordar nada de nada. Ni siquiera sé cómo salir de acá, todo se ve igual y el maldito Cielo siempre tiene cara de tranquilo.

—Buenos días —me dice Cielo.

Yo lo miro con cara de desagrado y sigo durmiendo.

—Ya es de día y sigues durmiendo. Deberías despertarte para, por lo menos, despejar la mente.

Le grité que cómo se suponía que iba a despejar la mente en estas circunstancias y que no era mi problema que él fuera un desafectado.

Cielo se puso a llorar, y me sentí horrible, así que lo abracé y empecé a pedirle perdón. Primera vez que tenemos contacto físico. Me sentí bien enseguida, y una ola de familiaridad me invadió. Él me sonrió y me dijo que entendía que me sintiera mal, pero que solo estaba preocupado por mí.

Le pedí disculpas y le dije que podíamos intentar hablar para distraernos.

—¿De qué quieres hablar? —me preguntó.

Yo no tengo ningún tema de conversación, soy la persona más vacía del mundo. Por lo menos, Cielo hace comentarios divertidos.

—Podemos hablar de qué es lo que más te gusta en el mundo —dije después de varios minutos de reflexión.

—Me gusta el cielo, y me gustas tú.

Yo quedé sorprendida, porque era tan callado al principio que pensé que me odiaba.

—¿Qué te gusta a ti? —me preguntó.

Dije que me gustaba cómo el sol se reflejaba en el plateado del bote y que también me gustaba el color café.

Listo. Una simple conversación me hizo sentir muchísimo mejor. No había nada más de qué hablar, así que nos quedamos abrazados por muchas horas hasta que llegó la noche.

Soñé que Cielo estaba caminando por el mar. Se veía muy feliz y lindo. Estoy muy feliz de no estar sola en este lugar.

Día ocho

De la nada, comencé a sentir un miedo impresionante. Caí en cuenta de que no sabía nada. Solo conozco a Cielo y a este bote. No sé si vamos a llegar a conocer algo más. Alguno de los dos podría enfermarse y morir. Estoy muy preocupada de que Cielo no coma nada.

Mientras el terror de perder lo poco y nada que conocía me invadía, Cielo se puso a hacer figuritas en el agua.

En la noche, Cielo dijo que me iba a dedicar una canción y se puso a cantar horrible, pero me pareció un lindo gesto, así que le aplaudí igual.

Me dijo que era para que dejara de tener pesadillas. No sé cómo supo lo de las pesadillas, pero puede ser que grité un poco en la noche o algo así.

Le dije que muchas gracias y me abrazó, diciéndome que era lo mejor de este mundo.

Día nueve

Al día siguiente, Cielo no estaba. Me empecé a desesperar recorriendo el ínfimo bote y gritando el nombre que se inventó. No apareció en todo el día, y yo apenas podía abrir los ojos de lo hinchados que estaban de tanto llorar.

Llevaba días con dolor de estómago, y lo único que me hizo vomitar fue la enorme angustia que empecé a sentir. No dormí en toda la noche.

Día diez

No pude comer nada. Estuve acostada al sol mientras los labios se me partían. Apenas me podía mover y sentí que mis lágrimas estaban por todo el bote.

Decidí intentar ahogarme, pero no pude y me dolía el corazón.

Empecé a rogarle a quien fuera que me escuchara que, por favor, me devolviera a Cielo, que, por favor, pudiera recordar aunque fuera algo y que, por favor, me sacaran de este bote para nunca más enfrentarme a la nauseabunda vista del mar que me tenía tan cansada.

En la noche, se me ocurrió bailarle al mar, pero en el intento no pude parar de llorar.

Día once

Me desperté con un beso de Cielo en la frente. Veo los ojos cafés más preciosos del mundo.

A mi alrededor, mucha gente me mira. Escucho murmullos sobre cómo llegué ahí, sobre lo demacrada que me veo, pero lo único que puedo sentir es una felicidad abrasadora que me invade el corazón.

Me bombardearon de preguntas y, sin saber bien qué responder, empecé a buscar a Cielo con la vista, pero no estaba.

No sé qué es real y qué no. Solo siento un alivio y una alegría enormes de poder empezar a realmente vivir.

Ojalá Cielo estuviera conmigo. Me da pena pensar que nunca le dije que también me gustaba.